

Cristóbal Arteta  
Ripoll

*Saber, razón y guerra*

**E**l peligro de una nueva conflagración mundial asoma. Es inocultable y lo único que parece frenarla es el miedo a las descomunales proporciones de sus consecuencias, aunque la ética del poder del capital no conoce barreras diferentes a las que le impone la sed de riquezas, el dominio y el sojuzgamiento de los pueblos del mundo oprimido.

Pero mientras exista equilibrio geopolítico mundial entre las fuerzas hegemónicas, por la conformidad que se deriva del dominio territorial y de las coincidencias en el manejo y administración política de los mismos, la situación mundial, aunque crítica, caótica y conflictiva, puede parecer normal ante los ojos de quienes poco interés muestran por ir más allá de las apariencias a través del estudio y la investigación. Y ante estas miradas, obnubiladas por la ignorancia y las superficialidades como notas características del momento, nada que pueda poner en peligro la vida en la tierra está a la vista del hombre.

Si la reflexión se impone la conclusión es franca: cuando la crisis imperial taladre el fondo, cuando la conciencia de los pueblos eleve su nivel político y la agudice aún más, cuando los recursos energéticos y las materias primas se agoten y la competencia por los residuos agudice los conflictos, entonces,

en cualquier momento, lugar y bajo cualquier pretexto la voracidad incontrolada se desquicia de su carril. Puede aparecer entonces el incendio generalizado que terminará involucrando a sirios y troyanos en una nueva guerra mundial, cuya historia, tal vez, nadie contará, porque justamente la especie con capacidad de contarla y escribirla será la más vulnerable a la desaparición.

Da la remota impresión de que los conflictos bélicos que en el pasado siglo y lo que va del presente han ocurrido, son escenarios no solo para mantener el control y la hegemonía, sino, además, para mostrar los dientes del poder militar, intimidar a los adversarios y ensayar el poderío de las armas y las nuevas tecnologías.

Todas las guerras y armas utilizadas han recibido el peso inmisericorde de la razón para mostrar lo que no debió ser y fue. No hay guerra que no haya pasado por el filtro de la razón y que no haya sido escrita con sangre y con letras. Pero, por lo regular, las palabras surgidas, escritas y deletreadas, a pesar de lo que expresan, pocas veces son tenidas en cuenta a la hora de evitar que se repitan las atrocidades que generan.

Cuando Julius Robert Oppenheimer<sup>1</sup> se refirió al homenaje recibido por su trabajo científico para la obtención de la bomba atómica, escribió:

Con satisfacción y gratitud acepto de usted este certificado que me entregan para el laboratorio de Los Álamos, para los hombres y las mujeres que con su trabajo y sus corazones lo han hecho posible. Esperamos que en los años venideros podamos mirar con orgullo el certificado y todo lo que significa.

<sup>1</sup> Julius Robert Oppenheimer (1904-1967). Físico estadounidense hijo de un inmigrante alemán. Amigo de físicos famosos como Niels Bohr, Max Born y Albert Einstein. Cuando en 1939 este y Leo Szilard advirtieron de la amenaza de que el régimen nazi fuera el primero en obtener una bomba atómica Robert Oppenheimer se apresuró a impulsar sus investigaciones científicas para la puesta en marcha de la bomba. Se integró al proyecto Manhattan destinado a gestionar el desarrollo de energía nuclear con fines militares. Este proyecto fue implementado por científicos británicos y estadounidenses y el propio Robert Oppenheimer eligió como sede central el laboratorio secreto de Los Álamos en Nuevo México. En 1942, tras el éxito de la prueba realizada en Alamogordo, se retiró como director del proyecto.

Hoy ese orgullo ha de atenuarse a causa de la profunda preocupación que sentimos. Si las bombas atómicas se van a añadir como nuevas armas a los arsenales de un mundo en guerra, o a los de las naciones que preparan una confrontación bélica, llegará el tiempo en que la humanidad maldiga los nombres de Los Álamos<sup>2</sup> e Hiroshima. Los pueblos del mundo deben unirse o perecerán. Esta guerra, que ha assolado una parte tan grande de la Tierra, es la que ha escrito estas palabras. La bomba atómica las ha deletreado para que todos los hombres las comprendan. Otros las han pronunciado, en otras épocas, refiriéndose a otras guerras, a otras armas. Pero esas palabras no han triunfado. Hay algunos que, equivocados por un falso sentido de la historia humana, sostienen que no triunfarán ahora. Pero nosotros no hemos de creer esto. Estamos comprometidos por nuestras obras, comprometidos en la consecución de un mundo unido ante este peligro común, por la ley y por la humanidad. (Oppenheimer (s.f.) citado en Dyson, 2010: 93)

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial en 1939 las potencias en conflicto sí midieron las consecuencias de sus actos. Desconocerlo sería seguir creyendo que la locura no razona y que detrás de ella no se esconde la cordura. Sí, la cordura del poder del capital ávido de riquezas, territorios, control y poder político. Cordura y locura en quienes detentan el poder del capital son inseparables. Habían racionalizado las barbaridades de la Primera Guerra Mundial y nadie creía que la Segunda Guerra Mundial fuera a ser menos brutal y menos desmoralizadora.

No hay dudas de que desde su perspectiva teórica actuaban en nombre de la verdad. Desde la perspectiva de Nietzsche llegan una pregunta y dos reflexiones, ajustadas a su pensamiento complejo y contradictorio, pero por ello excesivamente significativo:

<sup>2</sup> Laboratorio del Departamento de Energía de los Estados Unidos, situado en Los Álamos, Nuevo México. Allí convergen expertos en Física, Ingeniería, Química, Matemática, Informática, Biología, Geología y otras disciplinas. Fue fundado durante la Segunda Guerra mundial con la función de coordinar el desarrollo científico del Proyecto Manhattan para el diseño y obtención de armas nucleares.

¿Es lícito sacrificar la humanidad en aras de la verdad?  
¡Imposible! Si Dios quisiera, la humanidad podría morir por la verdad.

Si fuera posible, sería una buena muerte y una liberación de la vida.

Sin ciertas dosis de locura, nadie puede creer firmemente estar en posesión de la verdad: el escepticismo no tardará en presentarse.

A la pregunta: ¿Es lícito sacrificar la humanidad a una locura?, habría que responder negativamente, ya que creer en la verdad es precisamente locura». (Nietzsche, 1974: 103)

Las primeras actuaciones de los estrategas militares y dirigentes políticos de los estados, con el apoyo de las instituciones, es evitar lo inevitable: que la población civil sea víctima de las masacres, de los bombardeos y ataques aéreos catastróficos. Esto lo hacen para reducir y minimizar sus efectos. Ordenan el desalojo de los niños de las escuelas, los pacientes de los hospitales, preparan a los centros de salud para recibir víctimas y dementes, en cantidades exorbitantes. Cuando Inglaterra le declaró la guerra a Hitler, en el año 1939, una de las primeras directrices de Neville Chamberlain fue ordenar a los hospitales que se prepararan para atender 250 000 víctimas civiles durante las dos primeras semanas, además de otras 250 000 personas que, según las previsiones, contraerían una demencia permanente. No eran cálculos arbitrarios, era la fuerza de la razón militar la que se expresaba basada en los cálculos de estrategias militares.

Los estrategas son estudiosos de la teoría política sobre la guerra. Saben a montones y a granel sobre los efectos funestos de la utilización de gases, armas biológicas y termonucleares. Saben que ni las grandes potencias, por muy poderosas y armadas, pueden evitar sobrevivir en ninguna forma que se parezca a la actual. Saben de los problemas médicos, económicos y sociales en personas físicamente mutiladas y contaminadas. Saben que ni con actuaciones enérgicas y una férrea organización se puede evitar que esos problemas, al producirse al mismo tiempo, planteen dificultades insuperables. Saben de lo consistente que son los efectos físicos y biológicos de las explosiones nucleares, a corto y a largo plazo, aunque no pueden medir si la población sometida a horrores y privaciones sin preceden-

tes responderá con desesperación, apatía o con disciplina heroica, porque no pueden predecir las reacciones morales y espirituales. Saben de las hambrunas a que son sometidas las personas durante y después de las catástrofes bélicas. Saben que si la civilización sobrevive a la guerra es difícil, inclusive, que se recupere a largo plazo.

Todo lo saben acerca de la guerra, nada ignoran. Pero también están convencidos que la implicación directa de la población civil puede fortalecer su espíritu y cohesión social, tal como ocurrió con Inglaterra, Alemania, Japón y la Unión Soviética, cuya resistencia y disciplina fueron inesperadas. Frente a esto último, el gran problema es que no existe una situación histórica paralela que pueda ser válida mostrando la utilización indiscriminada por parte de las grandes potencias de sus arsenales nucleares.

A esta altura del escrito podríamos soltar un pronóstico para la reflexión: resistencia y disciplina, serían las constantes en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Japón, China, Rusia, Pakistán, India, después de ataques nucleares. ¿Pero, cómo será el mundo un día después? Y para quienes puedan soportar y sobrevivir, ¿no será, acaso, mejor, no haber existido? ¿Y vivir para qué, después de la muerte en vida?

Quienes hicieron la Segunda Guerra Mundial aprendieron y teorizaron que los países en conflicto pudieron luchar y vencer sin destruir el alma de sus naciones, acrecentando sus sentimientos patriotas y chauvinistas. ¿No cambió, acaso, su curso la historia una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial? ¿Las lecciones surgidas de allí siguen siendo válidas?

Se podría pensar hoy que el mundo vive la transición de un nacionalismo violento, mediado por largos siglos de existencia, hacia la consecución de un mundo unido por las divergencias. Pero no es tan cierta esta afirmación. Aquí es donde la razón, vieja y ciega, como la llamaba Nietzsche, falla. Incertidumbres, peligros frecuentes y equilibrios precarios parecen acompañar el curso de la historia, porque la sobriedad, la reflexión y la elocuencia de las páginas escritas, con sangre y letra, de nada sirven ante el ímpetu voraz y rapaz de la política imperial.

Ideologizados y politizados hasta las entrañas más profundas, los defensores de la guerra, como la continuación de la política por otros medios, jamás se creen servidores del infierno

y del crimen. Por el contrario, se llaman servidores de su pueblo y de su patria.

Cuando Alfred Jodl fue juzgado por el Tribunal para los crímenes de guerra en Nuremberg, hizo su declaración final:

En esta guerra cientos de miles de mujeres y niños quedaron destrozados en los bombardeos masivos, y hubo partisanos que utilizaron sin escrúpulos cualquier método que les pareciera efectivo. En una guerra como esta, las medidas severas, aunque sean cuestionables según las leyes internacionales, no son crímenes contra la moralidad y la conciencia. Porque creo y defiendo que el deber para con el pueblo y la patria está por encima de cualquier otro. Cumplir con ese deber fue mi honor y mi ley suprema. Estoy orgulloso de haberlo hecho. Que ese deber sea sustituido en el futuro por otro aún más elevado: el deber para con la humanidad. (Dyson, 2010: 99)

Pocas horas antes de ser ahorcado, el 10 de octubre de 1946, escribió su última carta a sus amigos del ejército alemán, intentando buscar algún significado al deshonor de su muerte:

Queridos amigos y camaradas. En los meses que ha durado el juicio de Nuremberg he dado testimonio a favor de Alemania, de sus soldados y de la historia. Los muertos y los vivos se congregaban en torno a mí, dándome la fuerza y el coraje necesarios. El tribunal emitió un veredicto en mi contra. Eso no fue una sorpresa. Las palabras que oí de vosotros fueron mi auténtico veredicto. En toda mi vida nunca hasta ahora me sentí orgulloso. Ahora puedo estarlo y lo estaré. Os doy las gracias, y algún día os las dará Alemania, porque no huisteis de uno de sus hijos más fieles en sus horas de penuria y muerte. vuestras vidas en el futuro no deberán estar llenas de tristeza y odio. Pensad en mí solo con respeto y orgullo, tal como yo pienso en todos los soldados que murieron en los campos de batalla de esta guerra cruel cuando la ley les exigió que así lo hicieran. Sus vidas fueron sacrificadas para hacer a Alemania más poderosa, pero vosotros deberíais pensar que cayeron para hacer a Alemania mejor. Mantenednos firmes en esta creencia y trabajad por ella durante todas vuestras vidas. (Dyson, 2010: 99)

Alfred Jodl, por ser bávaro y no prusiano, Hitler lo eligió como jefe de operaciones durante toda la guerra. Pero el jefe de operaciones más brillante de los bandos que participaron en la Segunda Guerra Mundial fue Hermann Balck quien, a diferencia de Jodl, no fue acusado de crímenes de guerra.

A sus 85 años de edad, en una entrevista concedida en 1979, comentaba a un periodista norteamericano sus experiencias en el conflicto, demostrando un gran conocimiento en el arte de la guerra y convencido de que su trabajo se correspondía con el momento histórico.

Sus ideas, al comentar una batalla contra los rusos en 1942, dan cuenta de sus conocimientos teóricos y prácticos como estratega de la guerra:

Es llamativo el hecho de que la mayoría de la gente crea que el ataque cuesta más bajas. Ni que decir tiene que el ataque es la operación menos costosa... Esta cuestión es en realidad sobre todo psicológica. En el ataque solo hay tres o cuatro hombres de la división que lo llevan a cabo; todos los demás se limitan a seguirles. En la defensa cada hombre debe mantener su posición él solo. No ve a sus vecinos; se limita a ver si algo o alguien avanza contra él. A menudo no está en igualdad de condiciones. Esa es la razón por la que suele ser eliminado fácilmente. Nada produce más bajas que una defensa fallida. Por consiguiente hay que atacar siempre que sea posible. El ataque tiene una desventaja: todas las tropas y todo el operativo están en movimiento y tienen que saltar. Esto es bastante fatigoso. En la defensa podemos buscarnos una buena madriguera y echar un sueñecito. (Dyson, 2010: 104)

Refiriéndose a esos dos personajes Freeman Dyson escribe:

Tanto Jodl como Balck fueron hombres buenos que trabajaban por una causa mala. Ambos utilizaron su pericia profesional para conquistar y asolar media Europa. Ambos continuaron poniendo en práctica sus habilidades durante los largos años de retirada, cuando el único resultado de sus esfuerzos era prolongar la agonía de Europa. Ambos parecían ser indiferentes a los sufrimientos de las personas cuyas casas aplastaban y quemaban con sus tanques. Sin embargo, el juicio de Nuremberg estableció una

diferencia entre los dos. Con independencia de que el tribunal de Nuremberg estuviera debidamente constituido según las leyes internacionales, sus decisiones expresaban el consenso de la humanidad en aquel momento de la historia. Jodl fue ahorcado y Balck quedó en libertad, y la mayoría de los espectadores interesados estuvieron de acuerdo en que se había hecho justicia. (Dyson, 2010: 106)

¿Bajo qué perspectiva ética?, ¿quienes teorizan, dirigen y controlan las guerras convierten sus hazañas en supersticiones heroicas, construyen un estilo que no excluye el arte de pavonearse y vanagloriarse y descubren un asombroso anhelo de presentar la batalla y cortejar a la guerra como si fuera un amante? Sí, con la misma con la que asesinan de felicidad a millones de semejantes, convencidos, además, que la tarea es peligrosa y que en cualquier momento esa puede ser la última batalla para cualquiera de ellos.

Que tal que quienes teorizan y quieren la guerra cuando piensan en ella piensan en sí mismo no como guerreros, sino como víctimas. ¿Morirían antes que permitir, por ejemplo, la rendición ante el invasor, bajo el pretexto del sacrificio para evitar el sufrimiento y la extinción de la civilización?

De cualquier modo, conceptos como destrucción, asesinatos, homicidios, acciones suicidas son ingredientes ideológicos del guiso racional frente a la guerra.

La ideologización de la razón los conduce a nacionalismos exuberantes, los cuales una vez exacerbados pueden conducir a la cordura de liderazgos bélicos como en el caso de Winston Churchill en Inglaterra o a la paranoia y a la destrucción como en el caso de Adolfo Hitler en Alemania. Otros ejemplos que hicieron realidad los sueños personales de gloria y mostraron diferencias en la realización del espíritu marcial los encontramos, remontando la línea histórica, en Estados Unidos con Washington y en Francia con Napoleón.

En cualquier caso la razón filosófica frente a la guerra le rinde culto a las grandes locuras de la época actual: el culto ciego a la obediencia militar y a las armas de destrucción masiva sin miramientos de que ellas lleven a la degradación moral, al desmembramiento de naciones y a la amenaza de aniquilación de la humanidad. Este ha sido el sentido de esa razón, inclusive mucho antes de que el estratega militar italiano Giulio Dughet



predicara el evangelio de los bombardeos estratégicos y el británico Hugh Trenchard los llevara a la práctica, cuando convenció a su gobierno de atacar con una flota de bombardeos pesados a la economía civil alemana.

Inglaterra abrió el camino y Estados Unidos lo siguió, labraron la vía a Hiroshima y Nagashaki.

Es difícil encontrar en la historia un pueblo cuya memoria no guarde la presencia extranjera que se desplaza a través del país, devastando y consumiendo la sustancia del pueblo, corrompiendo la lealtad de sus dirigentes con chantajes y sobornos, por lo general superiores en tecnología, movilidad y estrategia militar. Este es uno de los factores que obliga a invasores e invadidos a conformar y mantener grandes ejércitos y a dedicarse seriamente a estudiar el arte de la guerra.

Los rusos, por ejemplo, fueron invadidos por los mongoles y tardaron trescientos años para expulsarlos. Luego llegaron a su territorio invasores de Polonia, Suecia, Francia y Alemania, pero esta vez solo necesitaron cuatro años para echar a los alemanes, gracias a sus progresos en la organización militar.

Eso los convirtió en grandes guerreros con una rígida unidad política y disciplina militar, dedicando una gran cantidad de recursos a la producción de armas. Después de 1941 los rusos que habían sobrevivido a los invasores alemanes se organizaron y crearon el ejército más formidable del planeta. Dice Freeman que tantos hechos históricos como víctimas los ha llevado al convencimiento de que cuando más piensan en sí mismos como tales, más formidables son como guerreros. Cuanto más piensan en la guerra, piensan en sí mismos no como guerreros, sino como víctimas.

Tal vez, quien mejor ha concebido la naturaleza de la guerra, como Rusia la percibía, es Tolstoi, a través de su novela *Guerra y Paz*. En ella ve la guerra como una improvisación desesperada en que nada funciona planificadamente y nadie puede calcular las consecuencias de la victoria como la derrota.

Una idea de la crueldad de la guerra en la novela la expresa el héroe, el príncipe Andrei, en la víspera de la batalla de Borodino: «La guerra no es una diversión entre caballeros, sino la cosa más vil que uno puede llegar a conocer, por lo que es preciso comprenderla y no convertirla en un juego. Hemos de

aceptarla, con seriedad y austeridad, como una necesidad terrible» (Dyson, 2010: 119).

La ideologización de la guerra mina de tal manera la conciencia del soldado que si lo llaman para disparar un misil que arrasaría ciudades, no tendría más dudas que los que lanzaron las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki y los que las han seguido lanzando sobre Afganistán, Irak, Libia, Siria, y así sucesivamente hacia el futuro.

Pero como todo tiene su contrario, la prédica epistolar sobre la guerra tiene su contraparte en la tradición pacifista que durante siglos ha propagado la ética de la no violencia, unas veces como cuestión de conciencia individual, otras como cálculo táctico y político. Como movimientos pacíficos de renombre en el mundo, merecen mención: los anabaptistas y los cuáqueros (siglo XVIII), los amis de Pensilvania y Gandhi y sus seguidores. Los cuáqueros fueron los primeros agitadores en contra de la esclavitud en el mundo, principalmente en Inglaterra y América, primero para poner fin al lucrativo comercio de esclavos traídos del África y luego para acabar con la explotación inmisericorde allí donde estuviera. En 1833 se realizó la pacífica liberación de los esclavos de las Indias Occidentales y treinta años más tarde la sangrienta liberación de los esclavos americanos.

La abolición de la esclavitud fue una tarea de gran envergadura que no ha terminado de cumplirse por la existencia de otras formas, igualmente violentas, de esclavitud y dominio ejercido por la razón de estado, del capital y su ley.

¿No es acaso una forma de esclavitud tener un ejército de desempleados, cuyos integrantes ante la desesperación por sobrevivir se someten a los caprichos, sobornos y disposiciones del empresario, terrateniente, el banquero, el financista sin posibilidades ciertas, en términos reales y concretos, de tener libertad de opinión, organización y protesta a pesar de estar consignados en marcos constitucionales?

Esa es la gran preocupación de la humanidad, pero tiene otra igualmente inmensa y peligrosa: la tenencia de armas de destrucción masiva y la disposición real de su utilización, por parte de quienes se consideran dueños del mundo, argumentando razones de seguridad de estado y razones de guerra preventiva bajo el principio bélico: si no ataco primero a mi enemigo, él me

ataca. En 1872, el filósofo de la sospecha, anticipándose a los grandes teóricos de la guerra, escribió:

En política muchas veces el hombre de Estado anticipa la acción de su enemigo y la realiza con anterioridad. «Si yo no la hago la hará él». Una especie de legítima defensa como principio político. Punto de partida de la guerra. (Nietzsche, 1974)

Después de la destrucción del World Trade Center en el año 2001 por parte de terroristas, queda el convencimiento de que la perversidad ante la defensa de intereses estratégicos de carácter político, religioso o de cualquier otra índole, no conoce límites éticos a la hora o al momento de actuar, arrasarse y sin contemplación destruir y aniquilar sin discriminación alguna. Parecida fue la reacción inmisericorde y brutal contra las monstruosidades cometidas por invasores en otros tiempos y lugares. Definitivamente la historia se repite, como decía incansablemente León Trotsky, «unas veces en forma de comedia otras veces en forma de tragedia».

Pero como todo pasado es siempre presente, esa misma razón que históricamente ha apelado a la justificación de la crueldad mediante los argumentos de fuerzas destructoras, unas veces como réplica y otras veces como contrarréplica, hoy está presente en el mundo acompañando a los estados opresores y hegemónicos por el dominio geopolítico, pero también a quienes en nombre de otros ideales y sueños libertarios luchan por otros mundos, tal vez, diferentes y posibles.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- DYSON, F. (2010). *El científico rebelde*. Barcelona: Editorial Debolsillo.
- NIETZSCHE, F. (1974). *El libro del filósofo*. España: Editorial Taurus.